Helio Carpintero

Julián Marías

Una vida en la verdad

ENSAYO | Biblioteca Nueva

Capítulo 1
Una introducción personal

La muerte de un pensador invita siempre a un esfuerzo de reflexión y evaluación de su obra. La distancia que impone la ausencia hace que emerja con nueva fuerza su figura total, al desaparecer los sesgos prácticos y las urgencias vitales. Quedamos entonces frente a frente con su obra.

Una tarde de verano, allá por el final de los años 50, en Soria, la capital castellana fría, recogida, entrañable, que dejara honda huella en espíritus como Antonio Machado o Gerardo Diego, bajé con mi padre Heliodoro Carpintero a la estación del ferrocarril a recibir a una familia madrileña que venía a pasar el verano en nuestra ciudad. Mi familia y otras amistades les habían facilitado un sencillo acomodo, alguna persona que ayudara en las tareas caseras, y la garantía de un clima cordial sin sobresaltos, con las comodidades diarias propias de una pequeña ciudad donde todo está a la mano y todos se conocen.

La escena se repitió luego durante muchos años. La familia la integraban un profesor y escritor, cuya figura era ya bien conocida y respetada; su mujer, encantadora persona volcada en la familia y el hogar que, sin embargo, lo envolvía todo con una cultura hondamente vivida, y sus cuatro hijos, menores que yo, con quienes luego compartiría excursiones y paseos. Él era Julián Marías, que durante muchos años convirtió nuestra pequeña ciudad en su lugar de descanso y trabajo veraniegos, donde pasaba casi tres meses, con un enorme equipaje de libros, ropas, ju-

guetes, y a veces incluso con ajuar de casa y de cocina. Piezas imprescindibles del mismo eran una máquina de escribir eléctrica, las obras de Ortega, una o varias máquinas de fotos, y las *Poesías Completas* de Antonio Machado.

Mi padre, y en general mi familia, llegó a simpatizar hondamente con ellos. Marías supo calar hondo en la personalidad de mi padre, congeniando con él enseguida. Era un inspector de escuelas con gran vocación hacia las letras, y una enorme capacidad para comprender y asumir las horas difíciles que tiene toda vida —y la suya había tenido muchas—, viendo en ellos siempre algo positivo y valioso. Había vivido la Guerra Civil en zona republicana; hubo por ello de pasar un proceso de depuración. Perdió su plaza de inspector en Barcelona y, por los mismos días, también a su madre y a su mujer. Al cabo pudo reingresar en su profesión, con limitados derechos, permitiéndole instalarse en Soria. Allí sus dos hermanas, que habían aceptado ayudarle a criar al hijo nacido acabada la guerra, se reunieron con él. Dueños de su dolor, aceptaron con esperanza su futuro.

El trato generó una estrecha amistad entre las dos familias. A través de esa amistad me llegó a mí la atracción hacia el pensamiento de Ortega y de Marías, y, aunque con tales juncos no se hacían cestos que gustaran en el mundo oficial universitario del franquismo, pude formarme intelectualmente en su círculo próximo, colaborar luego en alguna de sus empresas intelectuales —el Seminario de Humanidades o la fundación Fundes—, y mantener con él una relación discipular y familiar que llega hasta el presente.

En este tiempo, y especialmente tras su muerte, he escrito artículos y he dado conferencias sobre su figura y su pensamiento, deseoso de que la posición marginada que ocupó en el ámbito del pensamiento académico oficial, como resultado de su aislamiento inicial de la universidad del franquismo, no menoscabe las posibilidades intelectuales renovadoras que su obra ofrece.

Además, creo que en todo discípulo sincero hay, en cierto momento, la necesidad de objetivar su relación con el maestro, a fin de que, sobre la red de interacciones sentimentales, afecti-

vas e intelectuales que forman la trama discipular, se imponga nítidamente el fundamento objetivo y veraz de ese magisterio.

Por eso he tenido que hacer este libro.

Julián Marías es un nombre clave en la cultura hispánica del siglo XX. Lo es por lo que tiene de brillante y sólido su pensamiento, y también por las zonas de sombra que sobre él se han proyectado como resultado de situaciones políticas bien definidas. Su nombre es hoy familiar a innumerables lectores del mundo hispanoamericano, muchos ajenos por completo a los problemas de la filosofía. Ha sido, al igual que alguno de sus maestros, un filósofo que, al lado de libros técnicos, ha acertado a ser en el periódico y la conferencia una voz independiente, clara y rigurosa, que ha llevado una luz a innumerables lectores. Le han interesado moderadamente los prestigios académicos. Ha escrito, y ha pensado sobre todo para tratar de poner las cosas en la verdad.

Es difícil imaginar los cambios que habría que introducir en nuestro mundo español, y aun en el mundo hispánico, en lo cultural, en lo personal, y aun en lo político, si esta figura y esta obra no hubieran estado vivas y operantes durante la segunda mitad del siglo XX. Porque ha sido la suya siempre una voz responsable, veraz e independiente, a contracorriente del poder y de las modas, independiente también de toda forma de oposición convencional.

Busco en estas páginas trazar la imagen del hombre en su circunstancia, y sobre ese fondo, comprender el sentido de su obra intelectual. Tuvo permanentemente una explícita conciencia de la circunstancialidad que condiciona todo hacer y decir humanos. Enraizado en lo español, su mente y su vida se abrían al universo de las ideas y las culturas. Era un filósofo impregnado de europeísmo, apasionado por la realidad emergente de Occidente y abierto a la totalidad de un mundo problemático, que se acerca hacia una unidad global que todavía está lejos de alcanzarse.

Como filósofo, buscaba entenderlo todo desde la totalidad, o mejor aún, desde la realidad de la vida. Buscaba incluso entender y vislumbrar un posible 'más allá' de la vida presente, distinguiendo siempre lo que dice la razón y lo que sugieren la

creencia y la imaginación. Afirmaba la singularidad irreductible de la persona humana, de toda persona, y desde ahí combatió todos los intentos de reducirla y cosificarla.

Su pensamiento es un humanismo abierto al siglo XXI. Confío en que el futuro extraerá todas las implicaciones que en él se contienen.

Capítulo 2
Perfil biográfico

En Valladolid, el 17 de junio de 1914 vino al mundo Julián Marías.

En aquella ciudad, entre 1914 y 1919, junto a otros muchos, nacieron estos cuatro niños: Jorge Guillén, Rosa Chacel, Julián Marías y Miguel Delibes. Los cuatro pudieron haber coincidido alguna mañana jugando en el Campo Grande, mucho antes de que llegaran a ser nombres esenciales de la literatura española del siglo XX, y amigos todos entre sí. Pero no parecen haberse conocido sino siendo ya escritores hechos y derechos.

Valladolid, en el llano castellano, capital del reino en los lejanos tiempos de los Austrias, era por entonces una ciudad de unos cien mil habitantes. Junto a un campo de cereal y remolacha, que proporcionaba las bases de una industria agrícola, la ciudad organizaba la vida social y política castellana de las provincias de su entorno gracias a sus instituciones sociales de alcance regional: su universidad, su arzobispado, y su capitanía general militar, que ejercían su influencia y autoridad en sus respectivas esferas. Además, el ferrocarril abrió posibilidades comerciales a la ciudad, que vio crecer una burguesía, informada en gran medida gracias a *El Norte de Castilla*, periódico de gran solera implantado en la región.

Hijo de una familia acomodada, su padre, Julián, aragonés, era alto empleado de banca; trabajaba en la sucursal de Banca Jover, en Valladolid. La madre, María, andaluza, iba a resultar

para el hijo un modelo de talento natural. Hubo un hermano mayor, Adolfo, cuya temprana muerte dejó en él un vacío y un recuerdo imborrables.

Estaba dotado de una extraordinaria memoria tanto para la vida como para sus lecturas. Recordaba haber visto a su abuela cuando tenía dos años, y también multitud de personas, situaciones y sentimientos de sus días vallisoletanos, que se terminaron, por cierto, para él a los cinco años. En *Una vida presente. Memorias* —una de las más amplias construcciones autobiográficas de nuestra literatura, a la que estas páginas no pretenden sustituir en lo más mínimo—, ha reunido una buena muestra, si bien en la intimidad admitía que ello era sólo una parte del tesoro de recuerdos que de tan temprana edad había conservado.

Parece que aprendió muy niño a leer leyendo carteles de tiendas y anuncios callejeros. Pronto pasó a un mundo de lecturas fuertemente marcadas por las estimaciones profundas de su padre, a las que luego él mismo sería fiel: Dumas, Valera, Victor Hugo, Galdós... También las conversaciones paternas le familiarizaron con la España de finales del XIX.

La familia se trasladó a Madrid en 1919. Allí iba a vivir hasta el final de sus días, el 14 de diciembre de 2005. Allí estudió, pasó la guerra, se casó, le nacieron los hijos, y ha vivido, sin ceder a las tentaciones de cambiar de residencia a pesar de las razones políticas o profesionales que pudieran haberlo aconsejado.

Años de formación. El estudiante

La familia sufrió con la Primera Guerra Mundial un grave descenso económico. Aunque ésta fue época de creación de grandes fortunas por parte de gentes que aprovecharon la circunstancia internacional para hacer negocio, el hombre de banca que era el padre sufrió los reveses nacidos de una extrema honradez. También el muchacho vivió algunas experiencias significativas. A fines de 1930 murió su hermano, cuya muerte ya le había anunciado el médico: «Había querido prepararme, disponerme a resistir, a los dieciséis años, el dolor de ver morir a mi único

hermano, al compañero de toda mi niñez, por el que sentía, no sólo cariño, sino una pasión ilimitada» (Marías, 1988, I, 75).

Su primer colegio fue un modesto centro privado madrileño de pizarrón y tiza, donde ardía la pasión de unos viejos maestros. Más tarde, fue a parar al Instituto «Cardenal Cisneros». Allí aprende latín con Vicente García de Diego, el alemán con Manuel Manzanares, y en particular, mucha química. Al dar el salto del Instituto a la Universidad, en 1931, no había despejado aún la incógnita de su porvenir; por eso empezó a la vez letras y ciencias. Al acabar ese primer año su vocación ya era clara: iba a estudiar filosofía.

Forman el telón de fondo de esos años la «Gran Guerra Europea» (luego llamada Primera Guerra Mundial), la Dictadura de Primo de Rivera, el crecimiento cultural del país que vivía lo que hoy llamamos «La Edad de Plata», la Residencia de Estudiantes, la Junta para Ampliación de Estudios, la *Revista de Occidente, El Sol,* y con ello una gran dilatación de las minorías cultivadas; los libros, uno tras otro, de los escritores de la generación del 98 y de la de Ortega; y la creciente industrialización, unida a la crisis social y los movimientos reivindicativos, y al cabo, la llegada de la Segunda República...

La llegada a la filosofía

En 1931, cayó la monarquía de Alfonso XIII y envuelta en entusiasmo popular se instauró la Segunda República. La política, pronto agitada por tensiones y alborotos, empezó a llenar la vida nacional. Marías empezaba su vida de universidad.

Para él y muchos de sus compañeros de generación, «la» Facultad ha sido, para siempre, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, que en los años de la República, en que él la conoció, pilotó como decano don Manuel García Morente. Allí se reunía un conjunto asombroso de talentos creadores, en muy varias disciplinas. Había un grupo importantísimo de filósofos: José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, José Gaos, Julián Besteiro, junto al decano García Morente; había otras muchas figu-

ras de primer orden: Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Miguel Asín Palacios, y además empezaban a brillar los jóvenes talentos, José Fernández Montesinos, Enrique Lafuente Ferrari, María Zambrano, Pedro Caravia...

Allí descubre su «vocación profunda... con un centro organizador en la filosofía, desde la cual había de mirarlo todo, que había de constituir... el argumento de mi vida» (Marías, 1988, I, 101). Allí también nace su «amor constante más allá de la muerte» —según el verso de Quevedo—, hacia Lolita Franco, hallada al entrar a la universidad, y con la que se casa tras la Guerra Civil, al comenzar la peripecia de la vida de posguerra.

Resultó ser un estudiante singular. Muy pronto empezó a escribir y a publicar, dando a su vida intelectual una dimensión activa que ya nunca iba a perder. Viajó en el crucero que organizó la facultad a Oriente en el verano de 1933, y su diario fue parcialmente seleccionado para su edición en el volumen *Juventud en el mundo antiguo* (Espasa Calpe, 1934). Su relato empieza así: «Este viaje es, para mí, un intento de aproximación a Grecia y a Judea... El viaje es, pues, vertical, hacia lo hondo de nuestros espíritus... Vamos... a buscar trozos nuestros, tras los mares...» (Marías, 1935, 195). Son palabras que anuncian lo que iba a ser su actitud invariable de buscar a toda experiencia su hondo sentido personal.

Anudó una estrecha amistad con su maestro Zubiri, quien debió animar a su joven amigo no sólo a estudiar, sino también a pensar y escribir. Sus primeros ensayos («San Anselmo y el insensato»; «El empirismo lógico»...) aparecen en las páginas de revistas como *Cruz y Raya* o la *Revista de Occidente,* donde Zubiri tenía mucha influencia.

Muy pronto llegó a identificarse con todo lo que aquella Facultad representaba y simbolizaba: la gran cultura creadora española iniciada con la Generación del 98 —y antes la Institución Libre de Enseñanza—, luego proseguida por la generación europeísta de Ortega y d'Ors, y reforzada por la acción continuadora de los hombres del 27. Pero ese mundo resultó destruido por la Guerra Civil Española. Ésta se le vino encima cuando acababa de licenciarse en filosofía.

Años de guerra

Desde su primera juventud hasta su última hora siempre ha considerado que la Guerra Civil fue una tremenda catástrofe, que debería haberse evitado.

Discrepante respecto de la guerra misma y, por tanto, respecto de los dos bandos enfrentados en ella, tuvo una singular actividad en consonancia con sus saberes y aficiones: tradujo informes para el mando republicano y colaboró en radio y prensa informando desde Madrid acerca de la España republicana. Hay artículos suyos de esta época en *Hora de España*, la gran revista republicana, en *Blanco y Negro* y en otras publicaciones diversas.

Tuvo ocasión, además, de alzar su voz, bien que anónima, a favor del fin de la guerra y la construcción de la paz, gracias a un episodio bien singular de su vida, en marzo de 1939, del que siempre se sintió orgullosamente responsable. Lo he contado con detalle en otro lugar (Carpintero, 2007); doy aquí tan sólo sus líneas más generales.

Desde el 6 de mayo de ese año, colabora con Julián Besteiro, miembro del Comité nacional de Defensa, que con el general Miaja y y el coronel Casado se había hecho con el poder en Madrid en los días precedentes. El Comité había desplazado al gobierno de Negrín, y buscaba acabar la contienda, tras la dimisión de Azaña, y la progresiva ocupación de Levante y Cataluña por las fuerzas nacionalistas.

Besteiro estimó necesario contar con la población, y prepararla para el final de una guerra perdida, y Marías, de acuerdo con aquél, escribe artículos sin firma en *ABC* (Madrid) apoyando los planes del Comité. En ellos domina la veracidad, frente a cualquier partidismo. Se reconoce la derrota, y se busca la reconciliación y la unificación de las Españas separadas («que no quedemos interiormente agrupados en dos bandos hostiles», dice en una ocasión). Era una situación difícil y el desánimo cundía en buena parte de la población. Los artículos transmiten un mensaje que reclama el fin del odio y del partidismo, y frente al hundimiento moral de los republicanos, les anima a pensar que

en la España que surja tras la guerra, ellos, aunque vencidos, deberán tener un papel importante en la construcción de la paz y de la democracia. Al mismo tiempo avisa a los posibles vencedores del error de continuar una política de exclusiones, porque la paz sólo podría llegar mediante la verdadera organización de un pluralismo, poniendo fin al rechazo de 'los otros' que la guerra había exacerbado.

Con la caída de Madrid en los últimos días de marzo y el término de la guerra, Besteiro fue encarcelado, y, tras algunos traslados, en la cárcel de Carmona le llegó la muerte (1940); Marías también estuvo preso en Madrid, entre mayo y agosto de 1939, denunciado por un antiguo compañero de estudios (todos los indicios apuntan a la persona de Carlos Alonso del Real, compañero suyo de instituto y de facultad). En su proceso, Salvador Lissarrague, entonces en buena posición política, llamado como testigo de cargo, dio una versión tan positiva de su persona que al cabo de unos meses fue puesto en libertad.

Un nuevo mundo, un mismo proyecto

El nuevo país que salía de la Guerra Civil era profundamente otro del precedente. Los valores liberales y democráticos estaban ahora proscritos. Se renegaba de la generación del 98, parecía antiespañola la Institución Libre de Enseñanza, se denostaba la tradición liberal. Ortega y tantos más se habían exiliado, y no resultaba oportuno citar sus pensamientos ni exhibir ningún tipo de discipulado.

En el edificio de la facultad de Letras de la ciudad universitaria madrileña, físicamente destruido por la guerra, se alzaría otro, reconstrucción del anterior, donde se implantaría una mentalidad filosófica escolástica. Algunos se referían al nuevo impulso como una «vuelta a lo imperial». Un religioso de la enseñanza de aquellos días, el P. Enrique Herrera Oria, pedía

> ... la depuración de maestros y profesores; el exterminio, en los centros de cultura del Estado, del virus marxista, criminal-

> mente inoculado durante los años de la nefasta República masónicobolchevique; la organización de la instrucción religiosa y aun las prácticas piadosas, desterradas de nuestras escuelas por Ministros a las órdenes de la Institución Libre de Enseñanza, la institución de cultura más antiespañola que ha brotado y vivido en nuestra Patria... (Herrera Oria, 1941, 409).

Renació con fuerza un espíritu inquisitorial respecto del pasado reciente.

Marías decidió ser fiel a lo que había sido la tradición intelectual de sus años de estudiante. Eso le cerró las puertas de la universidad. Recuerda en sus *Memorias*: «Mi vocación filosófica era imperiosa; no menos, la de escritor. La única salida auténtica era escribir libros de filosofía» (Marías, 1988, I, 293). Así estaban dadas su 'Circunstancia' y su 'Vocación', puestas en una relación nada armónica sino más bien conflictiva. Iba a tratar de satisfacer la última viviendo en un «exilio interior», alejado de todo lo oficial, defendiendo la salvación de la integridad española como tal, y muy particularmente de aquella porción reciente, liberal, democrática, que era la que rechazaba el gobierno triunfalista instalado en el país. Se trataba de salvar a Ortega, Unamuno, la generación del 98, la facultad de Morente, y, yendo hacia atrás, la compleja realidad histórica española, su proyecto colectivo, las realidades regionales del país, con su esencial conexión con las Españas ultramarinas que forman la vasta realidad de Hispanoamérica. Era forzoso volver a encontrar imágenes y palabras adecuadas a esa realidad pretérita, que ahora se convertía en escenario lleno de tópicos hueros acerca de la realidad «imperial» que los nuevos gobernantes decían estar prolongando hacia el futuro.

El primer paso tiene siempre valor de un símbolo. Marías empezaba a recibir claras muestras de desafecto de los grupos dominantes. Un tribunal formado por el P. Manuel Barbado, Juan F. Yela Utrilla y Víctor García Hoz, con el voto en contra de García Morente, le suspendió la tesis sobre «La filosofia del P. Gratry», en 1941, dirigida por Zubiri. El tribunal (estando ausente Zubiri) votó el suspenso, aunque la normativa admitía que,

una vez leída públicamente una tesis, correspondía al menos darle la nota de 'aprobado'. Morente, sorprendido e indignado, quedó allí en absoluta minoría. Era un público gesto de condena hacia el pensamiento y actitud del joven orteguiano que había desafiado la nueva situación (el agravio fue sólo subsanado diez años después. La tesis fué al fin aprobada con honores académicos, por un tribunal que nombró el decano F. J. Sánchez Cantón, recién posesionado de su cargo, y que él mismo presidió, con Juan Zaragüeta, Anselmo Romero, Jesús Pabón y Jose M. Sánchez de Muniain, poniendo fin a aquella lamentable página, en julio de 1951).

El texto, por cierto, apareció publicado inmediatamente.

Su conocida adhesión a la antigua Facultad de Letras, y a cuanto ella representaba, una institución cuyas principales figuras estaban todas en la emigración por su notoria distancia con el régimen franquista, le cerraba las puertas oficiales en todas partes. Entonces decidió ponerse a escribir. Tenía materiales de clases suyas, y una germinal pero importante biblioteca propia de textos clásicos de la filosofía; con todo ello podía pensar en publicar una *Historia de la filosofía,* desde la perspectiva que había imperado en su facultad ya desmantelada. Sobre ella volvemos más adelante. Su maestro Zubiri le puso un prólogo, y su capítulo final estaba dedicado a exponer el pensamiento de su maestro Ortega. Lo publicó la «Revista de Occidente» en 1941. Ha sido, tal vez, el libro filosófico más editado y difundido en la segunda mitad del siglo XX, en España.

La travesía de la dictadura

Desde el principio decidió no marcharse de España. Ha repetido mil veces que, por una parte, lo ocurrido en la guerra era responsabilidad de todos, de unos y de otros, y asumía el destino que a partir de ahí le había correspondido; sentía, por otro lado, la necesidad vital de hacer su vida en este país cuya realidad le ha fascinado, a pesar de las graves insuficiencias y crueles defectos de su ordenamiento oficial. Ortega ya había distin-

guido, muchos años antes, entre una España 'oficial' y otra 'real'; la primera, muchas veces lamentable, no podía anular la riqueza profunda de la segunda. «Exiliado» de la oficial, tuvo una activa y creciente presencia en el mundo social de la otra.

Su vida personal, y en buena medida también su quehacer intelectual, estuvieron condicionados por el talento y singular intuición de lo humano que tenía la que fue su mujer. En 1941 se casa con una antigua compañera de facultad, Dolores Franco, mujer dotada de una rara genialidad femenina e intuición de asuntos y personas. Ella misma lo justificaba humorísticamente diciendo que era hija de un radiólogo, lo que era verdad. Con ella compartió, mientras vivió, la vida y el pensamiento.

Imposibilitado de enseñar en la universidad, que era su gran vocación, redirigió sus esfuerzos hacia una vida de escritor y ensayista liberal e independiente. Con su mujer y algunos amigos organiza una academia en Madrid, «Aula Nueva», donde inicia cursos de filosofía. Traduce, escribe sin parar, y van saliendo libros, antologías, textos anotados, que le permiten vivir sin un sueldo fijo con el cual contar.

En los primeros años de posguerra consigue dar forma a su concepción filosófica, que, basada en el pensamiento de Ortega, adquiere orden y consistencia ya en su *Introducción a la filosofía* (1947). Pero al tiempo, da una visión profunda y personal del pensamiento y la obra de su otro maestro cordial e intelectual, Miguel de Unamuno (1943), al que va a interpretar desde el punto de vista de la filosofía de la vida o existencia.

En este tiempo se convirtió en el discípulo y amigo de su maestro Ortega. Lo visitaron, él y su mujer, en Lisboa, cuando aquel aún se encontraba en el exilio. Mantuvieron además una larga relación epistolar. Cuando regresó a España, en 1946, sostuvieron un trato cotidiano que, interrumpido sólo por ausencias y viajes, duraría hasta la muerte de Ortega (Zamora, 2002).

En 1948 fundaron juntos un «Instituto de Humanidades» privado, activo durante dos cursos, de vida corta pero fecunda. Entre otras cosas, de allí salió un libro sobre las generaciones, de Marías, y otros dos, ya póstumos, de Ortega sobre *El hombre y la gente* y *Una interpretación de la Historia Universal. En torno a*

Toynbee. Tuvieron un gran éxito social, aunque se le pusieron al instituto toda suerte de cortapisas oficiales a la hora de difundir sus actividades.

En este tiempo, su figura se fue perfilando, no sólo como la del más destacado discípulo de Ortega, sino también como un pensador católico y liberal, situado en la oposición al régimen, y también hondamente discrepante de las fórmulas religiosas muy conservadoras que dominaban en la Iglesia española. Al mismo tiempo, su personalidad se distanciaba de la «cultura de evasión» que se fue consolidando por aquellos mismos días (Fusi, 2003, 533).

Precisamente desde ciertos ámbitos eclesiásticos se movieron campañas contra la filosofía de su maestro, y eso le movió a dar algunas sonoras batallas contra los críticos integristas. Así nace un libro prohibido en España y publicado en Argentina, *Ortega y tres antípodas* (1950), unos años más tarde le será preciso armar otro amplio movimiento contra los ataques de un dominico, el P. Santiago Ramírez, cuyo propósito era conseguir la condenación eclesiástica del sistema orteguiano.

En ese momento, hubo una conjunción de propósitos que unió en un frente liberal a Marías con otras figuras intelectuales destacadas que venían del entorno del movimiento franquista, como Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, José Luis L. Aranguren, Joaquin Ruiz-Giménez, muchos de los cuales participan en ciertos movimientos religioso-culturales percibidos como de oposición al régimen, como las Conversaciones Católicas (San Sebastián), o los Encuentros católicos de Gredos que inspiraba Alfonso Querejazu (1951-69). Las páginas de colaboración en los periódicos, que se le habían cerrado hasta este momento, comenzaron a abrírsele, y desde entonces hasta sus últimos meses de vida, su firma estuvo casi siempre presente en unos u otros diarios, cosa que ya había venido haciendo con periódicos hispanoamericanos, *La Nación* de Buenos Aires, por ejemplo.

Le llegaron primero los reconocimientos exteriores —universidades americanas, miembro del Institut International de Philosophie (1953), participante invitado en un coloquio con

Heidegger en Cerisy (Francia) en 1954...—, y más tarde, los nacionales: su elección para la Real Academia Española (1964), la de Bellas Artes de San Fernando (1990), y años más tarde, el premio Príncipe de Asturias de Humanidades (1996).

En toda esta trayectoria biográfica hubo algunos momentos en que surgió la oportunidad de abandonar España para ocupar de modo estable un puesto importante en el extranjero. Por ejemplo, la universidad americana de Harvard le propuso en cierto momento nombrarle catedrático de filosofía, y declinó la oferta; también le invitaron a ser director de la sección de filosofía de la Unesco, a comienzos de los años 60, y nuevamente rehusó aceptar. Tuvo siempre muy claro que una de sus necesidades era vivir en España, y que ésta era, como dijo en varias ocasiones, su «destino irrenunciable» *(O,* VII, 436).

Además, desde los años 50 va a convertirse en un profesor universitario fuera de España, sobre todo en universidades americanas, labor que luego tendrá como contrapartida la docencia a grupos que algunas de éstas mantienen en España. En 1951 estuvo enseñando enseñando literatura y filosofía en Wellesley College, sustituyendo a Jorge Guillén, y luego unos meses en UCLA, en California. De esa experiencia surgió una sugestiva colección de visiones del país americano reunidas en *Los Estados Unidos en escorzo* (1956). Sus páginas muestran desde el primer momento una extremada sensibilidad hacia los rasgos peculiares de la sociedad americana, y, de forma indirecta, una nueva percepción de las propias características hispánicas (Raley, 1997). También encontró un amplio apoyo institucional para la docencia e investigación por parte de la Universidad de Puerto Rico, y de su rector, Jaime Benítez, gran figura de la universidad latinoamericana. Éste se esforzó por llevar en buena medida a realidad las ideas y enseñanzas universitarias de Ortega, de quien se sentía hondamente discípulo, y halló en Marías comprensión, colaboración y una honda amistad.

La muerte de Ortega, en 1955, marcó un cierto punto de inflexión en la vida española. Hubo agitaciones estudiantiles, y una fuerte reacción gubernamental contra los intentos liberalizadores que habían tenido lugar en los años precedentes. Hubo ges-

tos explícitos de que no era aceptable su posible candidatura para la cátedra de metafísica que la muerte de su maestro dejaba vacante. Calvo Serer lo hizo notar en un artículo a propósito de aquella cátedra (Calvo Serer, 1953, 237). Ello le reafirmó en su convicción de que había de trabajar y pensar fuera de todo marco oficial regulado por el régimen franquista. Y trató de hacerlo reuniendo en torno a un proyecto intelectual figuras de amplio talante liberal, con las que pudiera animar la vida cultural del país.

La Fundación Rockefeller (USA), a través de la Sociedad de Estudios y Publicaciones del Banco Urquijo, se dispuso a financiar un Seminario de Humanidades que había de investigar acerca de la estructura social de la España contemporánea. Entre 1960 y 1969 trabajaron allí, en régimen de gran libertad, Melchor Fernández Almagro, Enrique Lafuente Ferrari, Rafael Lapesa, Pedro Laín Entralgo, José Luis L. Aranguren, junto a jóvenes investigadores como Gonzalo Anes, Eduardo Martínez de Pisón, Miguel Martínez Cuadrado, Jorge Campos, Joaquín de la Puente, Carmen Martín Gaite, José M. López Piñero, Elías Díaz, Helio Carpintero, Mari Cruz Seoane... entre otros; su tema de estudio, la sociedad española de la modernidad.

Tras la clausura del seminario —del que salieron un buen puñado de libros y de trabajos— llegó, a finales de los años 60, una nueva oportunidad para crear un grupo activo, liberal e intelectual en la vida pública. Un grupo de empresarios y hombres del mundo de las finanzas le propuso dirigir una Fundación de Estudios Sociológicos, Fundes, pensada para promover una visión moderna y liberal de los problemas del país. Marías aceptó, y durante años dirigió su importante revista, *Cuenta y Razón*, y promovió actos, conferencias, estudios, que reforzaron la presencia del espíritu liberal en la vida pública española. En esa liberalización que tiene lugar en los años 60, comenzaron a renacer numerosos grupos antes silenciados, con nuevas publicaciones (*Cuadernos para el Diálogo*, *Revista de Occidente* —reaparecida en 1963—, *Triunfo*, y otras más), nuevas editoriales, y, sobre todo, la expresión creciente de culturas silenciadas antes —la cultura catalana y vasca, el marxismo— convertido en «subcultura do-

minante de la oposición» (Fusi y Palafox, 1997, 318), y nuevas tendencias artísticas y culturales.

Marías era poco amigo de las complejas estructuras organizativas, y siempre partidario de la obra nacida de vocación y afán sinceros de entender y de crear. Accedió a dirigir unos estudios de verano en Soria (1972-77) donde él veraneaba, con un reducido alumnado y teniendo como profesores a una larga lista de intelectuales de primera fila con quienes mantenía estrecha amistad, y con el apoyo y colaboración de José A. Pérez Rioja, director de la Casa de la Cultura de aquella ciudad, y de José Luis Serrano, entonces profesor en la Universidad de Estocolmo.

También impulsó la creación de grupos como el Colegio Libre de Eméritos, institución privada fundada en los años 80, en reacción a la anticipación de jubilación a que se vieron sometidos muchos profesores universitarios por una torpe medida gubernamental. El Colegio organizaría una serie de cursos anuales, entre ellos uno de Marías. Y al fin, entre 1980 y 1984, producida ya la Transición, vino a ser catedrático universitario en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, nombrado en razón de sus méritos, como algunos otros intelectuales marginados por el régimen anterior (C. J. Cela, C. Castilla del Pino y algunos más). La cátedra le duró muy poco, porque le llegó de inmediato su jubilación, pero dio origen a unos cursos anuales, que desde los años 80 mantuvo en Madrid, con enorme éxito de público, en el marco del Instituto de España, y que le permitieron cumplir con gozo su vocación docente y profesoral en el último tramo de su vida.

Con todo ello guarda estrecha relación la creciente obra nacida de una atención a la circunstancia española, y una preocupación por el cada vez más cercano término de la dictadura personal ejercida por el general Franco. El que fue durante muchos años director de *El Noticiero Universal*, diario de Barcelona, José M. Hernández Pardos, amigo y admirador del filósofo, periodista valiente y decidido a quien no arredraba la censura del gobierno, le invitó a escribir acerca de la realidad catalana, tema difícil y envuelto entonces en silencio, y así nació *Consideración de Cataluña*. Los artículos y el libro tuvieron gran impacto, incluida la oposición de algunos destacados escritores catalanistas; ello

animó a hacer algo parecido con Andalucía, dando así origen a otro volumen, *Nuestra Andalucía*. Son dos libros en que se vino a hablar de la personalidad de las regiones, tema que pocos años después, ya con la democracia, explotaría envuelto de nuevo en pretensiones autonomistas e independentistas.

En los años que preceden a la transición, llevó a cabo una amplia reflexión de lo que dio en llamar «prepolítica», esto es, la consideración de cuestiones que habrían de preparar, en la mente de sus lectores, la llegada de la efectiva 'vida política'. Esperaba con anhelo y alguna preocupación la llegada del fin de la dictadura franquista, inquieto por el modo efectivo como fuera a lograrse *(La España real,* 1975/1998). Inició esa labor antes de 1975, año de la muerte del dictador, y la prolongó en los años de la transición, enriquecida con su experiencia efectiva del mundo político, al participar como senador por designación real en las Cortes Constituyentes.

Tuvo una destacada actuación en la transición, sobre todo al hacer pública su posición crítica ante el proyecto de Constitución, en que se omitía el término 'nación', se introducía el concepto de 'nacionalidades', y se daba a la figura regia un papel desprovisto de funciones y más bien retórico. Como luego veremos, su voz, a través de las páginas de la prensa, encontró eco y tuvo algunas consecuencias. Aunque personalmente estaba hondamente afectado por la muerte de su mujer (diciembre de 1977), su sentido ciudadano le obligó a salir a la arena pública, y reanimó su vocación de intelectual comprometido con su país.

Su defensa de la libertad y la democracia se vino a combinar con el estudio y análisis de la historia española, y sus empresas históricas *(España inteligible,* 1985; *Cervantes, clave española,* 1990; y *Ser español,* 2000).

Sobre todo, tras la muerte de Ortega, Marías se propuso realizar una serie de trabajos que proporcionaran una visión ordenada y amplia del complejo sistema de ideas de su maestro, que culminan en una monumental biografía *(Ortega. I, Circunstancia y vocación,* 1960; *Ortega. Las trayectorias,* 1983). Una vez cumplido ese proyecto, se propuso proseguir, desde su propia visión de la filosofía de la «razón vital», la ampliación a otros cam-

pos todavía sin estudiar. Fundamentalmente, su obra ha consistido en la exploración de distintas dimensiones antropológicas, sobre las que enseguida hablaremos... Además, en un nivel más periodístico, pero totalmente penetrado por su filosofía, realizó una enorme labor de crítica cinematográfica, en *Gaceta ilustrada*, primero, y en *Blanco y Negro*, más tarde, donde sus numerosísimas críticas sobre cine recibieron una amplia atención de lectores, muchos de ellos muy distantes de la filosofía y el ensayo. En esos artículos ha dado cuerpo a una importante 'antropología cinematográfica' (*Visto y no visto*, 1970). Ésta, de alguna manera, recibió el refrendo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde fue elegido académico precisamente para la sección de las ciencias de la imagen y donde ingresó en 1990.

La vida de Marías, cuyo talante optimista él mismo tachó alguna vez de «inveterado», estuvo no obstante marcada por hondos sufrimientos. Dejando a un lado el vivido durante la guerra y su posterior encarcelamiento, tuvo la pena de vivir la muerte de su hermano a los quince años (1929), la súbita desaparición de su hijo primogénito, Julianín (1949), y en 1977, como hemos dicho, la muerte de Lolita, su mujer, de la que nunca terminó luego de consolarse.

En todo ello no ha dejado de influir su honda convicción religiosa. Él ha sido siempre un pensador cristiano hondamente creyente. Temas de religiosidad y filosofía son el núcleo de algunos de sus estudios, desde su tesis doctoral sobre el filósofo francés P. Alfonso Gratry, hasta un par de libros sobre el cristianismo [*Sobre el cristianismo* (1997) y *La perspectiva cristiana* (1999)]. A través de algunas amistades le llegó una invitación para asistir como invitado espectador al Concilio Vaticano II. Asistió a algunas sesiones, y dejó una imagen muy viva y alerta de los grandes cambios que percibió en la Iglesia, al ver actuar en Roma a los padres conciliares. Luego vino una singular amistad y aprecio con que le distinguió Juan Pablo II, quien le nombró miembro de la Academia Pontificia de Cultura, y con el que tuvo una honda relación personal.

Marías, de vocación radicalmente filosófica, se definió a sí mismo profesionalmente como «escritor» desde los primeros

años de su actividad pública. Esa era la fórmula que eligió para referirse a su profesión en los documentos oficiales. Sin duda, no creía que la filosofía, a la que solía definir como «mirada responsable», pudiera ser convertida en una actividad profesional con ánimo de lucro.

Con frecuencia ha repetido que, si hubiera tenido alguna vez escudo, y hubiera tenido que ponerle alguna frase como 'leyenda' o *motto* de su vida, habría elegido estas palabras: «Por mí, que no quede» *(O,* VII, 437). Su vida se ha ajustado a su deseo. Ha hecho una continua defensa de los valores históricos y creativos de la realidad española, de su tradición intelectual y filosófica, y ha mantenido siempre una incansable exigencia de veracidad en su vida y en su obra.

Y una palabra más. Su obra y su persona no son plenamente inteligibles sin la referencia al contexto de Hispanoamérica, o de Las Españas, como le gustaba denominar, con expresión de nuestra tradición. Estaba convencido de que la lengua es la primera interpretación de la realidad, y se sentía por ello hondamente instalado en esa lengua que es propia de aquella gran comunidad de hablantes, a la que tenía presente al escribir y al pensar. Desde su primer contacto con la América hispana, se sintió pertenecer a esa enorme realidad histórica, por la que sintió pasión, y que llegó a conocer con rigor y sumo detalle. Y, al mismo tiempo, recibió de allí una atención y admiración que fueron en ocasiones superiores a las que su país de origen le concedía. Conoció y trató a sus escritores, enseñó en sus universidades e instituciones, escribió en sus periódicos, viajó y paseó por sus ciudades, sus lugares históricos y sus paisajes. En su libro sobre *Hispanoamérica* (1986c) ha dejado páginas llenas de pasión, conocimiento y lirismo sobre esa realidad que hunde sus raíces en nuestro pasado, y que es al tiempo otra, múltiple, original, diversa. Su persona y su obra pertenecen a esta cultura hispana, y el destino de esa obra dependerá de lo que sus millones de hablantes y lectores lleguemos a hacer con ella.